

aportaciones sobre los *praefecti iure dicundo* de la Italia septentrional (M.^a S. Rognano), etc. Y también incluye otro tipo de aportaciones como las referidas a la relación entre arqueología y epigrafía (F. Coarelli, G. Alföldy), la precisión de lectura de textos conocidos y mal interpretados hasta ahora (G. Paci, L. Gasperini), etc.

Se trata, pues, de un Homenaje cuidado que se corresponde bien con la talla científica del homenajeado.

Julio MANGAS

G. BRAVO: *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua*. Madrid, Taurus 1989; 291 pp.

El autor indica en la introducción los fines que se ha propuesto con la publicación de este volumen. Piensa el autor que la imagen de poder que da el Imperio Romano, sería una versión unilateral del proceso de expansión y dominio romano, si no se contrarrestara con otra imagen de conflicto, producto del desarrollo social, lo cual es verdad.

Este proceso no se puede interpretar exclusivamente en términos de evolución política, pues no se comprende aislado de la dinámica social. La expansión romana significó riqueza para unos pocos, pero ocasionó pobreza y miseria a muchos ciudadanos.

Todo el libro de G. Bravo es un estudio exhaustivo de las fuentes y la abundante bibliografía de estos dos temas: el poder político por un lado, y el desarrollo social. Este volumen examina muy bien las interrelaciones de uno con el otro. Así queda magníficamente señalado que los cambios políticos y económicos, enriquecieron a unos pocos y arruinaron al pequeño campesinado itálico, desde finales del siglo II hasta finales de la República, favoreciendo la lucha política de carácter personal (Mario, Sila, Pompeyo, César). El régimen implantado por el fundador del principado, Augusto, implicó una fuerte proyección social, que se va a mantener unos dos siglos, hasta finales de los Antoninos. G. Bravo describe muy bien la estructura piramidal de la sociedad romana imperial y la incorporación de las élites provinciales, entre las que los hispanos desempeñaron un papel importante desde los emperadores Flavios hasta la mitad del gobierno de Adriano. Señala acertadamente el autor, que a partir de ahora no se enfrentan grupos sociales contrapuestos en sus aspiraciones políticas, sino grupos políticos afines contra el Emperador, o sus representantes en provincias, que motivaron las llamadas conspiraciones o usurpaciones, o rebeliones. Estudia bien G. Bravo los conflictos económicos entre Italia y las provincias, y nunca olvidando que la agricultura itálica estaba en crisis profunda desde mediados del siglo I, decadencia descrita por Columela y después por Plinio el Joven a finales del siglo I y comienzos del II.

El Senado y el ejército a nivel institucional estuvieron implicados en la crisis a partir del año 68. De particular interés es el análisis de la crisis del siglo III, y de su superación por las reformas de Diocleciano y de Constantino. G. Bravo es un excelente investigador de Diocleciano, el mejor que ha habido después de W. Session. En nuestra opinión, la reforma de la Tretarquía, recoge una serie de reformas anteriores: la de Septimio Severo, la de Galieno, la de Aureliano. Esta reforma es

de una importancia excepcional, pues con los retoques de Constantino en la política monetaria y religiosa se va a mantener muchos siglos en Europa. También está muy bien señalada la estructura de la sociedad tardoimperial: unos cuantos ricos, los *honestiores*, y una masa inmensa de pobres, los *humiliores*.

G. Bravo es un buen explorador de este mundo de esplendor y miseria, por sus contribuciones a los bagaudas. Es el mundo descrito por Salviano de Marsella. Está muy bien señalado por el autor que el debilitamiento del poder imperial tiene raíces económicas, al perder el estado romano el control fiscal sobre las provincias. Nosotros dudamos un tanto de esta afirmación; somos de la opinión que más bien el control fiscal aplastó a los *humiliores*, que eran la mayoría de la población y los convirtió en escoria de la sociedad; a ello se unió la presión de los bárbaros; ello condujo a las revueltas sociales y a la descomposición del sistema social. Lo que no cabe duda es que el Imperio perdió cada vez mayores parcelas de control.

El libro de G. Bravo es un excelente estudio de las relaciones entre poder político y desarrollo social, muy denso en contenido, que plantea muchos nuevos puntos de vista a los investigadores. Lo encontramos demasiado denso para alumnos universitarios.

J. M.^a BLÁZQUEZ

S. MONTERO, G. BRAVO, J. MARTÍNEZ-PINNA: *El Imperio Romano. Evolución institucional e ideológica*, Madrid, Visor, 1991, 482 + 3 mapas.

En la introducción señalan bien los autores el método seguido en la conficción de este libro, pensado para universitarios, ya que los tres autores son profesores de la Universidad Complutense de Madrid, de reconocida solvencia científica en el campo internacional.

Han abordado la completa evolución del Imperio Romano, fijándose preferentemente en los componentes institucionales e ideológicos de la evolución. También prestan especial interés a la acertada interpretación de los cambios históricos. Este enfoque es un acierto grande y se logra de este modo una visión del Imperio más enriquecedora, que permite ver más claramente los mecanismos y la diversidad de los elementos. Los autores se han fijado preferentemente en los aspectos de la civilización romana que son esenciales en esta evolución. Los autores demuestran un buen conocimiento de la bibliografía reciente, cuyas conclusiones incorporan. Al mismo tiempo muchos temas son el resultado de profunda meditación sobre ellos. Hay muchas ideas originales en cada capítulo, que enriquecen la historia de Roma. Así G. Bravo ofrece una visión nueva de la gran y fundamental figura de Diocleciano, emperador ya tratado por él en su tesis doctoral, que fue el resultado de un minucioso análisis de las fuentes, y de la bibliografía. En este capítulo se ve perfectamente el entramado de las reformas, y como unas llevan a otras y todas se complementan. Somos de la opinión de que no están claras aún las causas verdaderas de la persecución de los cristianos, cuando llevaba el emperador gobernando casi 20 años en paz y armonía con la iglesia; su esposa e hija eran cristianas o filocristianas, y su corte estaba llena de cristianos, de los que se servía a veces para la alta administración del Imperio. Lo mismo cabe decir de la